

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 292

Barcelona, 20 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

A LA

sangre y el
fuego de la bandera
bicolor que han servi-
do para destrozar a
España y hundirla en
el drama más grande
de su historia, opone
la República colores
de paz y de equilibrio.

Los tres colores de la República

En una sola frase, modelo de plasticidad y precisión, el Presidente Azaña ha definido de nuevo la República. Es curioso que cuando a través de los discursos y de los artículos, de las sugerencias o los deseos, se difumina o se enturbia el sentido del régimen, surge la palabra del Jefe del Estado y lo aclara de nuevo con ese rigor intelectual que caracteriza al hombre de pensamiento. Como el experto que señala el rumbo del navío en medio de la niebla.

Es mucha sangre la que ha caído sobre España — sobre la tierra española —, pero aun así no se han borrado las tintas de su bandera. Al contrario; el sufrimiento ha servido para hacer más denso ese color morado que los traidores han querido suprimir del lienzo ilustre que cobija nuestra libertad. Tampoco el sol de la patria se oscurece tras los aviones extranjeros; sigue la franja de oro arrancando destellos a las madrugadas y los ocasos, mientras el rojo acorde de aquel emblema continúa reflejando la gloria y el esfuerzo del pueblo. A la sangre y el fuego de la bandera bicolor que han servido para destrozar a España y hundirla en el drama más grande de su historia, opone la República colores de paz y de equilibrio. Cuando en lo alto de las iglesias y de las consistoriales requetés y falangistas izaron el símbolo de la intransigencia y la obstinación, flameaban a su lado banderas extrañas. Es que la bandera monárquica era incapaz de sostenerse sola bajo el cielo huracán nublado de pólvora.

Porque, en primer término, lo que representa la República es el sentimiento de independencia nacional. Podrán aceptarlo o no los defraudadores del nacionalismo; pero es lo cierto que en ningún instante, desde que aquí se estableció la democracia, los gobernantes republicanos cedieron a la presión de las codicias extranjeras. El sagrado depósito que les confiara el pueblo español fué conservado sin mengua hasta que las banderas reaccionarias decidieron hipotecar la integridad nacional a cambio de una ayuda militar contra el régimen. Y es precisamente a estos demócratas a quienes se debe, antes que a nadie, que España no se haya convertido en una colonia italo-alemana, perdiendo

Es mucha sangre la que ha caído sobre España - sobre la tierra española -, pero aún así no se han borrado las tintas de su bandera. Al contrario, el sufrimiento ha servido para hacer más denso ese color morado que los traidores han querido suprimir del lienzo ilustre que cobija nuestra libertad.

do su dignidad al mismo tiempo que su territorio. En efecto, fué un Gobierno republicano el que armó a las masas contra el Ejército sublevado, evitando así que el golpe de mano — no golpe de estado — de los generales triunfara contra la voluntad de los españoles. Por primera vez la democracia hacía frente sin vacilar a las fuerzas desencadenadas del fascismo, que en otros países habían destruido de la noche a la mañana el derecho y la ley sustituyéndolo por el terror político. Al cabo de 16 meses de lucha ininterrumpida, mutilado el territorio nacional por los invasores y sus cómplices, la República se reconstruye un Estado casi en ruinas y pone en pie el Ejército que ha de salvarla. Aquellas muchedumbres que, sin elementos adecuados de combate, perdían terreno constantemente empujadas por los aviones y la artillería de los agresores, se han transformado de tal modo que constituyen ya unidades militares capaces de presentar batallas y ganarlas, como sucedió en Madrid, Guadalajara y en Aragón. Ciegos serán los que no vean que este cambio ha podido operarse al amparo del sistema republicano, victorioso tam-

bién sobre una serie de experiencias catastróficas. ¿Qué hubiera sido de nosotros si la campaña de falsedades y vilezas desencadenada por las fuerzas reaccionarias del mundo no fuese desmentida por la República con hechos fehacientes y tangibles? El cordón sanitario que se intentó desde el primer día contra la España leal sería suficiente para ahogarnos, sin que bastase el heroísmo de nuestros muertos. Cuando hemos visto que el concepto de autodeterminación de los pueblos está en crisis en la Europa de hoy, sería necio hacerse ilusiones acerca de la suerte que correría en una esquina del continente cualquiera ensayo que tratase de rebasar los confines de la República. Nada más realista que las guerras, aunque lleven dentro, corpúsculos de revoluciones.

Los que están en las trincheras no combaten por ninguna abstracción. Dan su esfuerzo y su vida por algo tan vital y poderoso como la libertad de la patria y su propia libertad. A los impacientes sembradores de utopías quizás les parezca poco. Pero al soldado que ha visto de cerca la ferocidad fascista y conoce la trágica suerte que han corrido las comarcas ocupadas, le basta saber que la República es la antítesis de aquel régimen. Le basta comparar la España del Frente Popular con la de Franco y sus empresarios, para darse cuenta de lo que esta guerra significa, de lo que han perdido por debilidad o por torpeza. Que les pregunten a las masas de Málaga, de San Sebastián, de Bilbao, de Extremadura, si no vale la pena de vivir bajo los tres colores de la República, aunque no cuajen plenamente los sueños de aquellas noches de verano de 1936, en que parecía decidida la lucha social.

La libertad — ha dicho alguien — es como la salud: no se sabe lo que vale hasta que se pierde. Difaman a la República los que piensan de ella que consagra una libertad fingida, externa y formularia. La verdad es que la guerra, con la victoria de nuestros principios, afirmará la naturaleza popular del régimen.

J. DIAZ FERNANDEZ

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

El Presidente del Consejo recibe a los periodistas extranjeros

“A lo mejor, la próxima vez les recibo en Zaragoza”, dijo el señor Negrín

Ayer tarde el Presidente del Consejo, don Juan Negrín, recibió en audiencia especial a los representantes de periódicos y agencias de Prensa extranjeros acreditados en España.

Con este motivo el doctor Negrín inauguró un nuevo sistema de entrevistas, consistente en atender, a la vez, a numerosos periodistas, respondiendo rápida y certeramente a las preguntas que aquéllos le formulaban.

Durante más de una hora, el Presidente del Consejo conversó con los periodistas y les informó, utilizando el idioma natal de cada

uno de ellos, sobre las cuestiones que le fueron planteadas.

Se le hicieron las más diversas preguntas, algunas de ellas en extremo curiosas, a las que contestó el señor Presidente con su proverbial discreción y fina ironía. Fué preguntado, por ejemplo, sobre cuándo terminaría la guerra, a lo que contestó el Presidente que cuando el Gobierno hubiera alcanzado la completa victoria o los rebeldes se sometían a la autoridad del mismo.

Otro corresponsal le preguntó cuánto costaba la guerra diariamente, y el Presidente respondió

que esto se publica todos los días en la «Gaceta».

Al iniciar su diálogo con los informadores, el señor Negrín les dijo:

—Ya estamos en Barcelona. ¿Se encuentran ustedes mejor aquí que en Valencia?

Un periodista le preguntó:

—¿Dónde nos recibirá usted la próxima vez?

A lo que respondió el Presidente:

—Ya veremos. A lo mejor les recibo en Zaragoza.

Al hablar de temas generales, el señor Negrín ratificó su con-

Los rebeldes meten en la cárcel a la guardia civil

La Press Association ha recibido de Gibraltar informes de fuente autorizada, según los cuales, en Algeciras y La Línea han sido encarcelados 80 guardias civiles y carabineros acusados de facilitar la evasión de partidarios del Gobierno. Más de cien de estos españoles leales, incluso muchas mujeres, créese que han salido secretamente de Algeciras en botes. Unos veinte han llegado ya a Gibraltar.

(«The Manchester Guardian», 4-XI-37.)

fianza en la victoria y lamentó que los incidentes de la política exterior vengán creando dificultades a la causa de la República, que es la causa del derecho y de la convivencia pacífica entre los pueblos.

Hizo hincapié en que el Gobierno de la República tiene particular empeño en impedir que el conflicto español se extienda por Europa; pero su lealtad con los compromisos adquiridos y sus previsiones, tropiezan siempre con una política internacional sinuosa que, de proseguir, hará inevitable la guerra mundial.

Aludiendo a los preparativos de los rebeldes, manifestó que éstos no cogerán desprevenido al Gobierno.

A preguntas de los periodistas, el doctor Negrín tuvo frases de ironía para calificar las insidias, supercherías y bulos que circulan estas últimas semanas por la Prensa extranjera, sin que muchos periódicos de calificada seriedad alcancen a distinguir la diferencia entre la realidad dramática y la farsa.

(«Mañana».)

Barcelona, 19-11-37.

ASPECTOS DE LA ESPAÑA LEAL

Por RENÉ DAVENAY

Madrid, la ciudad que resiste desde hace un año

Lo confieso: mucho antes de llegar a Madrid, durante el largo recorrido de una carretera hosca, tórrida, que abrasa como una antorcha al sol, entre dos inmensidades inertes: la tierra y el cielo—y que no sabe lo que es un árbol, un nido que canta, un manantial que tiñe de verde la hierba; al atravesar ese paisaje trágico en el cual los pueblos, como los insectos, se identifican con el terreno, y toman su color; y durante todo el tiempo que pasé en aquella aspereza feroz, a veces interrumpida por montículos, de donde brota la torre de un castillo—; había aguardado ese golpe en el corazón: ¡Madrid, «la ciudad que resiste desde hace un año!»

Creía que iba a verla levantarse del suelo, surgir de él, recortándose en el horizonte como una capital magnífica. Pero no fue así. La ciudad se acerca con modestia, como una pobrecilla. Estáis en los arrabales de Madrid y no sabéis aún que es Madrid.

Y, de pronto, os encontráis frente a una casa en ruinas, al mismo tiempo que descubris a vuestros pies las trincheras, a todo lo largo del camino, frente a la inmensa llanura vecina.

Por lo demás, pronto cesan las trincheras y entonces os encontráis en la ciudad mártir.

Alrededor de la Puerta del Sol se despliega Madrid verdaderamente en carne viva, con sus abiertas heridas. Ni un edificio ha quedado indemne; las ventanas tienen por marco el vacío del cielo; a veces se

observa un valladar gigantesco: se trata de una manzana entera de casas que se han desplomado bajo las bombas; las cuadrillas de demolición terminan la obra.

Más arriba, en la «Avenida del 15 1/2», llamada así por la forma en que la ha azotado la artillería, la torre de la Telefónica yergue su insolente silueta, incólume después de todos los bombardeos. Desde esa torre he contemplado Carabanchel—gris y apagada aldehuela—y la Casa de Campo; y he visto la Ciudad Universitaria. ¿Es posible que a 1.500 metros de allí se enfrenten no menos de 100.000 hombres? He visto los tejados de Madrid abiertos por la metralla. He visto pasar los tranvías por las calles (Madrid es la ciudad de los tranvías); y he visto ir y venir al hormiguero humano.

Porque Madrid, aún sitiado, sigue siendo la capital.

Los cafés, aunque tengan los vidrios rotos, están llenos. Madrid conserva el orgullo de sus cafés, como también de sus teatros y sus cinemas. Estos están siempre repletos. Las películas no son mejores que en otros países, a excepción de las de propaganda.

He visto, en el teatro de la Zarzuela, a más de 2.000 niños escuchar encantados auténticas canciones españolas. Fue usted, María Teresa León, animadora de este bello espectáculo, quien se lo proporcionó; fue usted quien lo dirigió. Todo ello bajo los cañones de Franco.

La vida se apaga a las nueve de la noche. A esa hora han cerrado ya

todos los lugares públicos. A las diez hay que volver a casa. A las once, para salir, necesitáis un salvoconducto.

Madrid, a media noche, es una tumba. Ni un tranvía, ni un auto, ni un alma. Lo digo textualmente: ¡ni una! Anduve 1.500 metros a esa hora sin encontrar un transeúnte. A veces, no obstante, en el quicio de una puerta, una sombra; pero ésta lleva la bayoneta en el cañón del fusil.

Madrid es también la ciudad de los sacos terreros. Invaden los monumentos y los bancos, las plazas y los ministerios. Una pared de sacos defiende, por ejemplo, la entrada de un hospital; bajo una bóveda protectora, en medio de una plazoleta, hay un Neptuno en el centro de una fuente. Existe una sección de protección de las obras de arte. En un barrio de Madrid pude ver, almacenada, una colección de cuadros—entre ellos algunos Goyas—; objetos de arte y estatuas de madera. Vi tapices de brocado de oro, muebles antiguos. Un tesoro inestimable.

—Lo mejor está en Valencia—me confió el director responsable—; ¡aquí se nos bombardea tanto!

Madrid se ha convertido en un cementerio de arte.

Pero ¡qué alma tan enérgica palpita en los vivos! ¡Qué desocupación ante la pólvora y la muerte! En 1792, debe haberse respirado el mismo ambiente en París. Ciento cincuenta años después, Madrid tiene la convicción de que lucha contra la Europa de las dictaduras, como la Francia de 1792 luchaba contra la Europa de los monarcas.

¡No pasarán!

Es la frase que escuché cien veces en Madrid, lo mismo entre las milicias que en los hogares que visité. Las mujeres no son las menos decididas.

Y en verdad, ¡cómo habrían de lograr pasar!

...A no ser que pudieran aislar a Madrid.

Las fortificaciones son formidables. Por el oriente, frente a la España nacionalista, cada calle es un reducto inconquistable.

Aunque pasasen, tendrían que tomar por asalto cada calle y, en cada calle, cada casa. Para recibirlos tenemos nuestras habitaciones repletas de piedras. ¡Y no son sólo piedras lo que tenemos!

Esto es verdad.

A la salida del Metro os encontráis, de pronto, a cien pasos, en las

primeras líneas gubernamentales. Comienzan con fortines. Más abajo, están las trincheras y al otro lado de éstas, a menos de cien metros, está Franco.

Todo ello, en medio de la tranquilidad. Madrid se instala en la guerra.

Más tarde estábamos en el restaurant. Los primeros obuses se oyeron a lo lejos. Nadie se movió. Luego, los obuses se aproximaron; tal vez estuvieran cayendo en el corazón de Madrid.

Las conversaciones continuaron.

Sin embargo, una detonación más cercana puso sobre aviso a los camareros. Otra los llevó hasta las ventanas. Y les vi bajar las cortinas.

En seguida, todo el mundo continuó cenando.

A esas gentes se las asesina. Pero no se las vence.

(«Le Peuple», 4-XI-37)

La Banca inglesa niega un crédito que pedía la industria italiana

Londres, 18.—El conde Volpi, ex ministro de Hacienda de Italia y presidente de la Confederación fascista de industrias, que se halla en Londres, parece que ha fracasado en la misión que le había confiado Mussolini: concluir un empréstito con la City. El periódico «Daily Herald», órgano laborista, que es el que da la noticia, continúa diciendo:

«El duce sabe que un empréstito concedido directamente al gobierno italiano es políticamente imposible. Pero un empréstito concedido a la industria italiana quizás hubiese tenido un resultado inmediato. Volpi hubiese querido un empréstito de veinte a treinta millones de libras durante dos o tres años. Pero no ha

encontrado ningún apoyo. Incluso en los círculos simpatizantes con Italia, desde el punto de vista político, se admite que prestar dinero al gobierno de Roma, cualquiera que sea el interés, es un juego demasiado peligroso para los banqueros prudentes. A excepción de los créditos comerciales a corto plazo, no es una institución privada la que puede prestar a Italia sin garantía de la Tesorería o el Banco de Inglaterra. Es un hecho conocido que no existe la más pequeña posibilidad de que se conceda esta garantía, al menos durante el tiempo que la política italiana continúe siendo lo que es.»—Fabra.

(«El Diluvio», Barcelona, 19-XI-37)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

Así, se castiga con pena de reclusión de cinco a quince años el hecho.

... de haber propagado o comunicado, fuera del territorio del Estado, rumores y noticias falsas, exageradas o tendenciosas, que causen prejuicios al crédito del Estado en el extranjero, o de haber desarrollado, sea de la forma que fuere, una actividad susceptible de dañar los intereses nacionales.

De igual modo está sujeto a un castigo menos riguroso el hecho de haber colaborado en una obra colectiva.

... que tienda prácticamente a aminorar el sentimiento nacional.

Ya tendría que ser listo el jurista que lograra clasificar los tipos innumerables de delitos nuevos que encontraron su definición en los fallos del Tribunal especial. Este llevó su frenesí de represión hasta aplicar penas de reclusión (de dos a siete años) a ciudadanos culpables de haber recogido dinero para acudir en ayuda de los condenados y de sus familias.

... dado que quien presta auxilio a los presos políticos o a sus parientes refuerza la voluntad de cometer delitos.

El 6 de octubre de 1928, el Tribunal condenó a dos años de reclusión a mujeres pertenecientes a familias de condenados bajo la inculcación de haber aceptado socorros para no morir de hambre.

Con motivo del proceso Della Maggiora (condenado a muerte y ejecutado en el mes de octubre de 1928), los jueces y el Tribunal especial, para justificar la aplicación de la pena capital, se complacieron en proclamar en su fallo que

... toda ofensa hecha a un ciudadano fascista, cualquiera que fuesen su rango y sus funciones, es una ofensa al Estado, y que a éste, sólo por eso—aparte de todas las demás razones de orden político o social—in-

cumbe la obligación perentoria de defender por todos los medios la vida y el honor de aquellos que constituyen su base y califican su esencia.

En lo que concierne a las infracciones perseguidas antes como delitos, la creación del Tribunal excepcional y la adopción de medidas legislativas destinadas a asegurarle un trabajo abundante y regular, tuvieron invariablemente por efecto aumentar en más de una tercera parte y, a menudo doblar el tipo de las penas. En la elección de los principios que hubiesen debido constituir el armazón de todo el sistema de su nuevo derecho criminal, el fascismo no se recató de haber querido, principalmente, inspirarse en la directiva que el guardasellos Rocco tuvo cuidado de señalar en su informe sobre el Código penal: a saber, que

... el establecimiento, con cualquier motivo, de una pena más leve que la prevista por la ley preexistente, constituiría una regresión en el proceso natural de evolución del derecho criminal, tal como la concibe el fascismo. (Informe, P. 7.)

La aplicación de las penas más feroces por un simple delito de intención fue y es en Italia, bajo el régimen fascista, la regla inflexible del Tribunal especial. Típico es a este respecto el caso del anarquista Schirru.

Schirru fue detenido en Roma en 1931, como consecuencia de unas pesquisas que condujeron al descubrimiento, en su dormitorio, de unas bombas. Interrogado sobre el uso que pensaba hacer de ellas, respondió sin vacilar, con un valor heroico y un sentido sublime de sus responsabilidades, que su proyecto era preparar un atentado contra la vida del duce, pues tenía la convicción profunda de que sólo de esa manera hubiera podido ayudar a los italianos a reconquistar su libertad, esa libertad de la cual habían sido criminalmente despojados por el fascismo.

Estas declaraciones fueron confirmadas por Schirru en la vista del proceso el 27 de mayo de 1931, añadiendo la expresión de su sentimiento por no haber podido realizar su plan. Con este rasgo entregaba su persona a la furia de las partidas a las cuales había confiado el régimen la salvaguardia de su propia existencia; pero, después de todo, esta confesión no revelaba más que un propósito, una intención, y las intenciones, aun cuando van acompañadas de operaciones preparatorias, siguen quedando encerradas irremediabilmente en el cuadro, por fuerza ficticio, de los actos en potencia. Sin embargo, ello no impidió que el Tribunal especial

condenase a Schirru a la pena de muerte, como si el atentado se hubiese cometido.

La ejecución de una sentencia de muerte

La historia de la ejecución que tuvo efecto a las pocas horas de la lectura de aquel fallo, llenó páginas emocionantes que evocan a la vez los abismos más profundos del horror y las cimas más altas del valor estoico.

Durante toda la noche el condenado fue trasladado del patio de una cárcel a un cuartel, de un cuartel a una fortaleza y de una fortaleza... al matadero. Ni un solo instante se le permitió recobrar aliento. Empleáronse todos los medios para quebrantar su fuerza física, para agotar las fuentes de su resistencia, para obligarle a realizar un acto de debilidad: la intimidación, los golpes, el anuncio macabro de los menores detalles del asesinato inminente.

Cuando fue conducido, por último, al lugar del suplicio, sus verdugos esperaban ofrecer al público un guiño humano presa del terror. Pero se encontraron, por el contrario, avergonzados, frente a un testigo imperturbable e irrefutable de su cobardía y de su impotencia, quien les lanzó a la cara, mientras quedó en su cuerpo un hálito de vida, este grito vengador: «¡Viva la libertad!».

La ejecución de la sentencia, en el caso de condena a la pena capital, está confiada a milicianos cuidadosamente elegidos entre aquellos cuya hoja de servicios muestra la solidez de sus instintos sanguinarios, y se efectúa en presencia de un batallón de la milicia.

Cuando aparece la víctima, los milicianos levantan a un tiempo el puñal y gritan: «¡A nosotros!». Invariablemente, el mismo día los periódicos que recogen el suceso añaden que la milicia estuvo admirada.

Las sentencias del Tribunal especial, no permiten apelación

El condenado no dispone de ningún medio de apelación contra la sentencia del Tribunal especial. Lo único que puede hacer es pedir la revisión del proceso. Pero es evidente que, en la hipótesis de que el fallo sea una condena a muerte, esta facultad—teniendo en cuenta que la ejecución del veredicto debe efectuarse dentro de las veinticuatro horas siguientes al momento en que aquél fue leído—está prácticamente anulada.

(Continuará.)

LA "LIMPIEZA SOCIAL"

Por toda la zona nacionalista el movimiento militar adquirió un tinte de ferocidad indescriptible.

Mientras muchos falangistas y los fanáticos navarros acudían de buena fe a la guerra, en los frentes, las fuerzas reaccionarias, dueñas por el golpe de estado de las ciudades y de los pueblos, iniciaron la trágica etapa represiva.

En Burgos, al día siguiente de la proclamación del estado de guerra, fueron detenidos y fusilados después todos los directivos de las organizaciones y Casas del Pueblo, tanto de la capital como de los pueblos, aun de los más modestos. Esta persecución alcanzaba no solamente a los ejercitantes en los cargos, sino a todos aquellos que habían desempeñado los puestos en épocas anteriores; se hizo una rebusca de archivos y ficheros y todos los afiliados y aun meros cotizantes eran detenidos y juzgada su actuación entre la pasión y fiebre política dominantes.

Algunos, escasos, pudieron escapar de sus domicilios, escondiéndose en lugares extraños y a veces inverosímiles, por su ingenuidad.

Recuerdo, por ejemplo, el caso de Quintana, ex sargento y ex presidente de la Casa del Pueblo de la capital, cargo representativo que aceptó por compromiso, pues no fué nunca hombre de acción. Este individuo, alojado al ver caer frente a su casa acerbado a balazos un mendigo, que no contestó con rapidez al saludo de «viva España», huyó de su casa y cometió la inocencia de esconderse en la vivienda de su madre, contigua, y que por ser suficientemente conocida, fué prontamente registrada; de allí fué sacado a empellones, unos días después, por la guardia civil, entre los gritos y lamentos de la vieja.

—¡Es Quintana!—gritaban los aprehensores, llevándole conducido por la población—. Estaba escondido debajo de la cama—. Y la gente refa el miedo de aquel pobre hombre que buscó el refugio materno, más por ansia infantil de cobijo que por seguridad de evasión. Quintana, una vez obtenidas de él las declaraciones convenientes, fué fusilado. Y pocos días después, en actos de mi cargo, tenía yo que visitar la misera casa de la anciana madre, de la que oí el relato anterior.

El secretario del grupo político de Izquierda Republicana, un tal Plácido, muchacho fuerte y optimista, que tenía su casa contigua a la habitación del hotel que yo ocupaba, y que unos días antes discutía conmigo sucesos sin importancia de la provincia, huyó también, alojado, al conocer algunos casos como el referido.

Escondido en el depósito de paja de los Sementales del Ejército, frente a un cuartel de caballería, camino de Miraflores, pasó varios días sin comer. Era tal el terror dominante, que aun conociendo su familia el escondite, no se aventuraba a hacerle llegar alimento alguno.

Al cabo de una semana, desfallecido, con angustias de muerte en el rostro, sucio y cadavérico por el hambre y el terror, se entregó al centinela de guardia:

—Matadme—dijo—, pero no puedo resistir más. Conducido seguidamente al Penal, aquel muchacho, que no había cometido otro delito que su ideal izquierdista, fué también fusilado.

Sus pobres hijos, cuatro criaturas vivarachas, me recordaban constantemente, con sus juegos y voces, junto al balcón de mi cuarto, la tragedia aquella.

Villadiego, Aranda de Duero, Castrogeriz y sobre todo Miranda de Ebro, ciudad de fuerte contingente ferroviario, se distinguieron sobremedera en la acción de limpieza social y represiva.

Bastaba una denuncia, una sospecha de los comités de jefes actuantes, para que el interesado, sin formación de causa alguna, fuera pasado por las armas; a veces eran fusilados cuatro o cinco juntos, pero la mayoría de las ejecuciones eran individuales. Su forma no ofrecía diferenciación alguna, como pudimos comprobar comparando las de diversos lugares de la provincia; a cualquier hora, pero con más frecuencia de noche, se presentaban en el domicilio del designado unos cuantos individuos armados, y entre las lágrimas y protestas familiares, que a veces el propio terror ahogaba, era arrancado y llevado al campo; a la mañana siguiente, nosotros, o el Juzgado correspondiente por jurisdicción, recogía el cadáver en actuación rutinaria y forzosa. Solían aparecer siempre con las mismas heridas: seis o siete balazos de mauser y dos o tres tiros en el ojo y sien.

Uno de los primeros que nos hizo actuar, y que se halló junto al cementerio de Burgos, era el cadáver de un pobre campesino de Sasamón; apareció junto a una morena de trigo, montón formado por los recolectores para facilitar el transporte del grano. Era un hombre relativamente joven, fuerte, moreno, vestido pobremente, y cuya cara estaba horriblemente desfigurada por los balazos.

Como ocurría siempre, nadie se atrevía a identificarle; solamente en uno de sus bolsillos hallamos un papel rugoso y sucio, en el que, escrito con lápiz, torpemente y con faltas ortográficas, se leía:

«abisa a todos compañeros y marchar pronto nos dan de palos brutalmente y nos matan como lo ben perdío no quieren sino la barbaridad.»

Unido al sumario correspondiente al hallazgo, quedó este aviso emocionante, cuya certeza pronto había de comprobar el desgraciado, pues el forense apreció, además de las heridas mortales, un apaleamiento grande, «que había quebrantado el cuerpo».

El alcalde de un pueblo cercano, que visitaba el Juzgado con frecuencia, apareció así como sus dos hijos, de doce y quince años, a seis kilómetros de Burgos, en la carretera de Santander, pero no en la propia cuneta como era corriente, sino algo internados, y en la senda que conduce a un antiguo y abandonado convento.

La policía, avisada de los hallazgos por el párroco de otro pueblo cercano, nos envió el atestado y como de costumbre nos trasladamos al lugar «de autos».

Apenas llegamos al sitio, un olor intensísimo y repelente nos obligó a detenernos; avanzamos al fin y hallamos los tres cuerpos yacentes; indudablemente, no habían sido muertos aquel día sino el anterior, pues la descomposición era avanzada y una pequeña loma cercana los había tenido ocultos desde la carretera.

En grupo trágico, dos muchachos, casi dos niños, yacían aparentemente abrazados; el forense apreció en ellos también señales de apaleamiento. Un poco separado de ellos, el cadáver del padre, horriblemente mutilado y deshecho a golpes y machetazos, impresionaba fuertemente, pues por la colocación de los cuerpos, se apreciaba que el desventurado debió presenciar antes de su tortura y muerte, las de sus dos hijos.

El alguacil, impresionado, pero ya acostumbrado a aquello, me dijo:

—Estos eran sus dos hijos pequeños, que ya le ayudaban en la Alcaldía. El mayor, que lo tenía de secretario, es el que levantamos anteayer en el camino de Frandovine. ¿No recuerda usted?...

El día 17 de septiembre, cerca de la Fábrica de Sedas, fuimos a levantar el cadáver de uno de sus capataces. Era hermano de uno de los escribientes de la Audiencia, y persona muy conocida en la ciudad.

Apareció con las manos esposadas, maltratado también fuertemente, y en sus bolsillos, todavía conservaba el tenedor y cuchara de aluminio del Penal, donde estaba detenido, y del que fué arrancado para el fusilamiento.

Era tal el terror que existía en la zona, que el propio hermano, no se atrevió a reconocerlo oficialmente, en el sumario, aún impidiéndose con ello el que la viuda recogiera los fondos sobrantes, pero tenían los familiares que al reconocerlo o realizar alguna gestión sobre aquello, se ejercieran también sobre ellos represalias.

Los sumarios, por «Hallazgo de cadáveres desconocidos» aumentaban sin cesar, no solamente en nuestro juzgado sino en todos los de la región, siendo ello una de las preocupaciones que todos los profesionales teníamos, y que en conversaciones con compañeros, comentábamos, hipócrita y miedosa, pero amargamente.

Recuerdo que un día, hallándome trabajando en el juzgado, se presentó el juez de un partido cercano.

Este juez, hombre impulsivo, pero de buen fondo, venía acompañado de un oficial de la guardia civil.

—Compañero—me dijo—, quiero pedirle un favor, y es que me despache pronto este exhorto.

—¿Y lo trae usted mismo?—le dije extrañado, ya que solían enviarlos por correo.

—Es que nos corre mucha prisa—dijo el acompañante.

La intervención de este personaje me puso en guardia y examiné detenidamente el despacho. No tenía defecto alguno; en él el juez ordenaba la libertad inmediata de dieciocho detenidos en el Penal, y nosotros no teníamos que hacer más que comunicar a los interesados tal libertad, ya que el sumario no era seguido por nuestro Juzgado.

Yo sabía que aquellos individuos habían sido detenidos por sus ideas extremistas, antes del movimiento, y aquella prisa en decretar y obtener su libertad no pudo menos de extrañarme en aquellos momentos.

No obstante, nosotros nos limitamos a cumplir lo ordenado, y acompañé al Penal a los portadores del exhorto, para notificar a los detenidos su libertad.

La conversación del oficial con el director del Penal me aclaró el enigma.

—Estos pájaros—le decía—nos los llevamos ahora mismo; tengo fuera ya la camioneta.

—Buena redada, eh?—concluyó el director.

Comprendí prontamente el fin que esperaba a aquellos desventurados, y el interés en obtener su libertad, pero yo había de cumplir lo ordenado.

Aquellos pobres hombres que iban pasando por el despacho mío para firmar la notificación de su libertad, eran a la salida esposados y conducidos al camión. No pude resistir toda la escena y rogué a mi habilitado que terminara aquello.

En unión del juez portador del exhorto me encaminé hacia la población.

—¡Es horrible!—se atrevió a decir, rompiendo el silencio prolongado—. En un partido como el mío donde jamás ha habido nada, ni ha ocurrido nada en absoluto, ¡y van ya más de seiscientos!...

Callé, no sabiendo qué contestarle.

—Y ya no se conforman con los que había allí, sino que buscan, sacan en los Penales a los que estaban detenidos como estos pobres y se los llevan también. Yo tenía a estos sin ponerles en libertad, porque sabía el fin que les esperaba en cuanto salieran, pero ha ido a verme este oficial y no he podido resistirme más. Cualquiera se opone; ¡se juega uno la vida!...

Yo sentía una impresión de tristeza y desconsuelo que me impedían contestarle.

—No he tenido más remedio que hacerlo—se disculpó el pobre muchacho—. Pero esto no lo resisto; mañana pido una licencia y cuando venga me traslado o me voy al frente. Todo menos esto... Qué lástima de movimiento. ¡Quién iba a pensar que iba a ser esto!... Ahora estos pobres desgraciados, que no han hecho nada, ¡nada!—repetía excitado—. ¡Si yo no encontraba motivo ni siquiera para procesarles! ¡Si los tenía aquí para salvarles la vida!... y ahora, dentro de poco, estarán todos en la zanja.

Y ante mi insensibilidad ya estudiada, me explicó que en el pueblo aquel habían abierto una zanja inmensa en los alrededores, donde eran ejecutados y recibían sepultura los detenidos...

—¡Menos mal!—añadió amargamente—. Con ello nos evitamos los hallazgos de cadáveres. ¡En los primeros días era algo espantoso!...

Un día se presentó en el juzgado una pobre mujer, harapienta y desgredada. Daba unas voces angustiosas y entre el alguacil y otro pudieron lograr que se retirara, llevándola casi a viva fuerza.

—¿Quién era?—pregunté.

—¡Nada!—me dijeron—, la mujer del «Zapaterín», aquel que encontramos junto al Crematorio; ¿no se acuerda usted?

Ya lo creo que me acordaba. El «Zapaterín», famoso en Burgos, era un pobre vejete que ejercía mal y estrechamente su oficio antiguo de remendón, y que tenía ya, según pude informarme al llegar yo a Burgos, sesenta y siete años.

Alguien, con esa burla agresiva de los pueblos, me lo presentó en el Juzgado, irónicamente, como el «representante» de Largo Caballero en Burgos.

Cambié con él algunas palabras y me produjo tan penosa impresión, pues la senectud había debilitado indudablemente su cerebro, que gestioné en unión de un amigo y persona de influencia allí, su ingreso en un asilo.

Encontramos dificultades, pues tenía mala fama. Indudablemente, en la juventud, y acaso durante mucho tiempo en su vida, había sido anarquista y quizá elemento de acción, pero la vejez y la enfermedad habían apagado aquellos fuegos y no quedaba en él más que un desvarío senil gesticulante y unas aprendidas frases que intentaban ser subversivas, pero que resultaban en su boca grotescas.

Sus recursos eran cada vez más escasos; la gente, sobre todo las mujeres—aún algunas de posición y al parecer de criterio—le tenían declarado el boycott al pobre viejo.

Casi teníamos conseguido su ingreso en un asilo cuando ocurrió el movimiento militar.

Yo no me acordaba apenas de aquel pobre anciano, pero mi amigo, con un interés y solicitud verdaderamente loables, me acuciaba para activar dicho trámite de ingreso, pues temía que fuera detenido.

—¡Pero, hombre!—le decía yo siempre—. ¡Quién se va a meter con ese sexagenario inofensivo!...

—Usted no conoce esto—me repetía.

Tanto insistió que acordamos visitar un día a un personaje falangista, influyente de la situación, para activar el trámite de ingreso, y al mismo tiempo interceder para la seguridad de aquel pobre hombre.

El requerido nos atendió cordialmente y ciertamente se interesó para que el «Zapaterín» no sufriera persecución alguna.

Creíamos cumplida nuestra misión y tranquilizada nuestra conciencia, cuando a los quince días escasamente y en fecha que no se me olvidará jamás—el

(Continúa en la página siguiente)

LA SITUACION ECONOMICA Y FINANCIERA DE ITALIA

Cartas a "The Manchester Guardian"

Señor:

Hace apenas dos años que la propiedad rústica italiana fué recargada con un impuesto extraordinario del 5 por ciento. Los labradores italianos habían sido ya gravemente empobrecidos por el fascismo; pero la gran mayoría de ellos se compone de propietarios de pequeñas parcelas de terreno, que durante siglos han estado habituados a milagros de paciencia y de trabajo. Debo decir de paso que la existencia de esta multitud de propietarios campesinos es la que ha hecho siempre imposible el pretendido «peligro bolchevique», que ha sido uno de los fantasmas que con mejor éxito han sido explotados por la propaganda fascista. Los campesinos italianos aún soportan su empobrecimiento creciente, pero los más pobres de ellos empiezan a sentir sus efectos fisiológicos. En la vega baja del Po, por ejemplo, ha comenzado a aparecer de nuevo la «pellagra», una terrible enfermedad que enloquece a sus víctimas. La «pellagra» es debida sencillamente al consumo de maíz en malas condiciones. Hacía treinta años que no se conocía en Italia un solo caso, merced a la legislación introducida por Giolitti después de una campaña iniciada por Lombroso. El único remedio que el régimen de Mussolini aplica a este terrible mal es típicamente fascista: se ha ordenado a los periódicos no decir nunca ni una sola palabra acerca de la «pellagra».

Una prueba del invencible individualismo del pueblo italiano es la obstinada resistencia que los pequeños propietarios campesinos ofrecen a la inspección agrícola impuesta por el fascismo. Consideran intolerable que se les obligue a producir este o aquel cereal por supuestas razones de necesidades de guerra, y especialmente sembrar trigo en terrenos en los cuales mil años de experiencia han demostrado que es mejor sembrar otras cosas. En casi todas partes ocurre más o menos lo mismo que en las marismas de Pontinia: si un pueblo tan acostumbrado al trabajo fuerte como el italiano ha dejado las marismas para el pastoreo, es porque tenía razones para ello; las nuevas ciudades fascistas de Pontinia y Littoria están probablemente destinadas a perecer como el pabellón de una exposición cuando ésta ha terminado.

En octubre, le tocó el turno al capital. Se creó, en efecto, un impuesto del 10 por ciento sobre los capitales y las reservas de las sociedades anónimas. A las industrias que trabajan para la guerra de España y para la preparación de otras guerras, no les será difícil soportar la carga, pero ¿y las demás? Las hilaturas de Biellese, región que hasta ayer fué tan rica, y las fábricas de tejidos de algodón de Lombardía, que después de la guerra, en 1921 y 1922 (debido, en parte, a la política de acuerdos comerciales con los

pequeños países introducida por Sforza), excedían incluso a las británicas en la exportación a los Balcanes, están casi todas en quiebra. La industria del automóvil, que antes de la guerra, gracias al empuje de hombres emprendedores como Agnelli, figuraba entre las más florecientes del mundo, produjo sólo 48.000 coches en 1936, contra 80.000 en 1927. Para darse cuenta del descenso de los medios de vida en Italia basta saber que en el mismo período la producción de automóviles en Francia se elevó de 191.000 a 203.000, y en la Gran Bretaña, de 210.000 a 484.000.

Existe la misma situación de ruina entre los fabricantes de muebles, quienes en el pasado fundaron prósperos comercios en los alrededores de Milán y Monza. La situación de la industria del mármol es aún peor; las regiones que dependían de ella, como Carrara, han quedado sumidas en la miseria. Las acciones de las compañías de navegación se consideraron siempre como los más sólidos valores italianos; hace unos años, las acciones de una importante compañía se cotizaban a 1.500 liras, en la actualidad se cotizan a 74. Hace cinco años, las acciones de un conocido Banco valían 1.500 liras y más; pero una ley reciente excluyó del mercado las acciones de los grandes Bancos y fueron poco a poco, a caer en manos del Estado. Sin embargo, quien desee comprar acciones del Banco aludido, las puede adquirir a 50 liras. Las compañías de electricidad sufren la misma crisis. En tiempos de Giolitti, alcanzaron gran prosperidad; ahora, se hallan en situación crítica.

¿Qué podrá ingresar el tesoro italiano con el nuevo impuesto sobre el capital de estas compañías? He preguntado a los financieros más optimistas, y todos me han dado idéntica contestación: cuatro mil millones de liras, todo lo más. Y algunas autoridades del Tesoro dicen en conversaciones confidenciales que sólo para la guerra de Abisinia (donde la lucha continúa con grandes pérdidas de vidas y dinero) y para la guerra de España, se necesitan, por lo menos, treinta mil millones.

Esta es la realidad económica y financiera, oculta bajo uno de los más audaces castillos de naipes que pueden imaginarse. Una realidad análoga, hecha de dudas y sarcasmos, se esconde tras la unanimidad ficticia de los periódicos y de las manifestaciones públicas. La única unanimidad verdadera, puesto que, por razones opuestas, fascistas y antifascistas la comparten, es la unánime ausencia de miedo (y, entre los antifascistas, de esperanza confiada), una decisión enérgica, moral y militar de las democracias británicas y francesas. Pero esta es otra cuestión.

De usted atento, etc. (Firma un italiano.) Noviembre 2.

¿Es probable, sin embargo, que el gobierno de Italia admita su error y rectifique?

¿No es hora de que Italia, unida a otras naciones, afronte claramente la situación a fin de aplicar los verdaderos remedios? ¿No es hora de que Italia reconozca que su esfuerzo para conquistar Abisinia, a pesar de la protesta de la mayor parte del mundo, fué un error de primera magnitud? ¿Es probable, sin embargo, que el gobierno de Italia admita su error y rectifique? No. De aquí que sólo pueda esperarse que el agotamiento de los recursos de Italia reduzca los medios de vida del pueblo italiano a un nivel aún más bajo, y de esta manera le haga comprender de forma más completa los errores cometidos por su gobierno.

Cuando el gobierno de Italia admita que se ha equivocado y que está dispuesto a rectificar, el pueblo italiano tendrá necesidad urgente de apoyo, y entonces será posible que la ayuda extranjera se haga por medio de préstamos o por otros procedimientos. A pesar del escepticismo casi universal con respecto a la devolución, más tarde o más temprano, de Abisinia a sus gobernantes legales, cualquier análisis cuidadoso de la situación creada demuestra con claridad meridiana que para

que el pueblo italiano se evite mayores sufrimientos debe rechazar la actual política de sus gobernantes y volver a sus antiguas amistades para obtener la ayuda de que tanta necesidad ha de tener.

Y si, finalmente, las circunstancias obligaran a devolver Abisinia a sus gobernantes legítimos, ¿no es deseable que el legítimo emperador de Abisinia sea ayudado en la difícil situación en que ha sido colocado por las políticas equivocadas del mundo y por la reacción de Italia contra estas políticas? ¿Puedo, por tanto, sugerir a los gobiernos de Francia, de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, que ayuden al emperador en sus problemas actuales?

En último término, ¿puedo pedir a sus lectores que continúen aportando a la Asociación de Abisinia los fondos que necesita urgentemente para mantener la defensa de la causa etíope, tanto en interés general como en defensa del Derecho?

De usted at., etc.

(Firmado: George Paine)
Reforma Club. Pali Mail.
London, S. W. 15 noviembre.

Las persecuciones religiosas en Alemania

Un manifiesto de 96 pastores

Ayer se dirigió a los fieles una declaración firmada por 96 pastores que desempeñan importantes funciones en todas las secciones de la Iglesia protestante, a excepción de la correspondiente a los cristianos alemanes de tendencia nacional-socialista. Los pastores protestan contra los alegatos contenidos en un reciente folleto de Rosenberg titulado: «Los peregrinos protestantes en Roma». Ven en ellos un ataque contra el cristianismo y no una lucha contra las intromisiones de la Iglesia en el dominio político.

Conviene precisar que no se trata de una acción individual. Estos eclesiásticos hablan en nombre de todas las Iglesias protestantes de Alemania, excepto, naturalmente, la del grupo llamado de los «cristianos alemanes», que es una organización hitleriana. La declaración rechaza los recientes ataques nazis contra el cristianismo y termina con unas preguntas dirigidas a todos los miembros del Gobierno y a todos los jefes de los departamentos del Estado, reproduciendo la pregunta de Josué en las llanuras de Jericó: «¿Estás con nosotros o con

nuestros adversarios?» Se destaca especialmente una frase en que se ruega al mismo Hitler que haga una declaración que permita restablecer la confianza en la promesa hecha a menudo de respetar la libertad del culto.

El corresponsal del «Times» comunica que, durante la semana pasada, las detenciones de sacerdotes se han multiplicado. Ayer, domingo, se anunció desde el pulpito que el número de pastores encarcelados ha aumentado recientemente. Se han leído los nombres de 90 sacerdotes encarcelados en contra de las órdenes de Himmler, jefe de la Policía secreta, y se teme que la cifra de presos sea mucho mayor.

La declaración fué redactada en una conferencia eclesiástica que tuvo efecto en Cassel el día de la Reforma. Entre los 94 firmantes figura el obispo Marahrens, que presidió, el pastor Müller, de Dahlem, jefe de la Dirección provisional de la Iglesia evangélica alemana, y el Dr. Breit, presidente del Consejo de la Iglesia luterana. («Journal des Débats», 8 y 9 XI-1937.)

Las aventuras de Italia en el extranjero

Agotamiento de los recursos del país

Señor:

La carta que, firmada por «Un Italiano», publica hoy su periódico, revela una situación en Italia que debe preocupar hondamente al gobierno de Roma, y hacerle reflexionar sobre la bondad de la política que sigue. ¿Puede conseguirse con la política practicada en Abisinia y en España que el pueblo italiano venza sus dificultades, o acentúe su mal-estar y su miseria? Además, si el gobierno continúa su política actual,

¿cuáles serán las consecuencias para el mismo? Sus aventuras en el extranjero han sido, hasta el presente, costosas y han aumentado las dificultades sin mejorar nada. El impuesto sobre el capital y las reservas de las compañías industriales es una señal de miseria financiera que no puede quedar ignorada. Claramente, la política actual del gobierno italiano agota los recursos financieros del país y crea una situación de grave peligro para el pueblo italiano. El

gobierno de Roma tenía la esperanza de vencer o, al menos, mitigar las dificultades con que tropieza el pueblo a consecuencia de la situación comercial del mundo, de la inflación y de la restricción de la inmigración por medio de una política de conquista, pero ello sólo le ha servido para comprobar que hoy su situación es mucho más grave e inquietante que antes. Y es evidente que cuanto más tiempo se mantenga esa política más graves serán las dificultades.

nueve de octubre de 1936 — entre unos cadáveres que aparecieron enterrados, y cuya exhumación se realizó, reconocimos todos al pobre «Zapaterín».

Me consta que aquello ocasionó varias destituciones y medidas al conocer el jefe a quien habíamos visitado, el suceso, pero el pobre «Zapaterín», el peligroso y sexagenario anarquista, murió como jamás hubiera sospechado, mártir de su ideal.

El veinticuatro de noviembre, a las diez de la mañana, se recibía un aviso en el Juzgado: dos cadáveres en el campo de instrucción.

Tal campo es una vasta explanada situada a tres kilómetros de la ciudad y donde se practican los ejercicios de tiro y también los fusilamientos «oficiales».

Cuando nos disponíamos a trasladarnos al sitio prevenido, se presentó en el Juzgado el teniente coronel, juez instructor de la Quinta División, con un encargo reservado.

Venía a hablar de aquello; habían aparecido en el campo el cadáver de un guardafreno de la Compañía Santander-Mediterráneo, afiliado al partido socialista, y el de su hija, una muchacha cuya belleza tenía fama en la vecindad. La muchacha había sido violada por los ejecutores y era conveniente no dar publicidad a aquello, pues, siendo muy conocida la familia, sería de mal efecto.

Aquel hombre tuvo frases de condenación para los bárbaros autores del hecho, pero exigía en bien del «glorioso movimiento nacional», que aquel asunto pasara a la jurisdicción de Guerra y que no trascendiera al público.

No por tal petición, sino porque legalmente correspondía a la autoridad militar tal sumario, nos inhibimos en su favor, y posteriormente pudimos saber que la única diligencia realizada había sido el entierro secreto de las víctimas y que no se realizó pesquisa ni actuación alguna.

Aquella actuación nuestra era ya insoportable. Los sumarios por «hallazgo de cadáveres desconocidos» aumentaban sin cesar, y nuestra intervención formularia y coaccionada, sin actuación ni investigación alguna, resultaba ridícula y humillante.

Fuimos en queja, respetuosamente, a una conocida persona influyente en el movimiento.

—Es que estamos limpiando la retaguardia — nos dijo —. Claro que no puede evitarse algún exceso. De todos modos, eso que me cuentan ustedes ¡caramba! es muy fuerte y no podemos seguir así. Esto tiene que terminar. Desde mañana procuraré que se hagan las cosas de otro modo, y sobre todo ¡caramba! que los entierren siempre y bien. Es preciso acabar con esto de los hallazgos.

Al despedirnos de aquel personaje, tuvimos que sonreír y estrechar «respetuosamente» la mano que nos tendía...

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana.)